

Del Windsor a la Monumental

Por Enrique Farrés

Aun quedaba bien grabado en nuestra memoria el último gran concierto realizado por Lionel Hampton en el Windsor Palace, para que tratásemos de imaginarnos, así de golpe, un nuevo y sorprendente acontecimiento musical, cuando nos enteramos de la sorprendente noticia. Hampton con su espectáculo, de nuevo entre nosotros, pero esta vez en una plaza de toros.

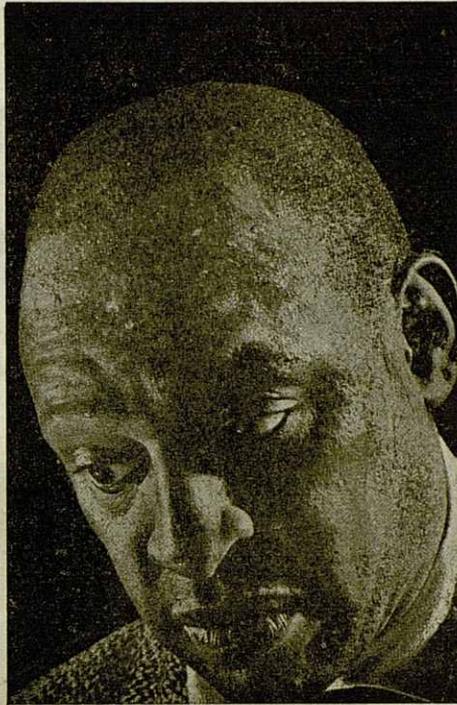
Las reacciones humanas son, por descontado, sorprendentes y por consiguiente difíciles de entender. Francamente confieso que la buena nueva me dejó confuso y, sin embargo, por el solo hecho de saberla, tenía derecho a saltar de gozo.

De todos modos fuimos al concierto del día 13, con el ánimo bien dispuesto y con mucha curiosidad al mismo tiempo.

En términos generales la actuación fué buena. No decimos formidable porque podemos aplicar aquello de que «nunca terceras partes fueron buenas». La impresión particular que tengo del asunto, es que Hampton estudió bien el terreno. Una plaza de toros, con concierto al aire libre, no es lo mismo que un Windsor Palace, y por otra parte podemos añadir, que el ambiente tampoco.

Traté la última vez del cálido ambiente creado en un concierto del «Hamp» y aprobé todas las demostraciones con que el público premió al gran músico. Tanto si eran favorables como no. Afirmé que el «jazz» ganaba terreno y que mucha gente ya tiene interés por su música, sus compositores y sus intérpretes. Repito ahora, que esto tiene mucha importancia. Pero no divaguemos. No creo oportuno que tal como se encuentra el «Jazz» entre nosotros, muy joven por cierto, y esporádicamente difundido— aunque con acierto y mesura—, se imaginen algunos organizadores, que ya tienen suficientes motivos para divulgarlo, así como así, contando con una renombrada orquesta internacional y con un ambiente de Fiesta Mayor que en nada le favorece.

Con todo y tales inconveniencias, propias del caso, no dejamos pasar por alto los hechos notables del con-



Lionel Hampton

cierto. Hubo cosas buenas y otras más que buenas, ya que el «Hamp» no tiene motivos para quedar mal.

En primer lugar nos place hacer resaltar la excelente labor, aunque breve, que de buenas a primeras nos obsequió, como solista, «Phatz» Morris. Recordamos muy bien que en la ocasión anterior no llegó a desarrollar la sonoridad y brillantez, que por fortuna, nos brindó en sus cálidos «solos» llenos de «swing» de primer orden. Lástima que durasen tan poco. Por lo visto estaba en uno de sus mejores momentos.

También gustaron las notas graves del saxo barítono Curtis Love.

Excelentes los «solos» de Eddie Chamblee, un saxo-tenor que recuerda a Illinois Jacquet y Arnett Cobb. Como era de esperar, desarrolló la larga serie de «chorus» sobre el insustituible *Flying Home*, los cuales fueron virtualmente apagados por el tremendo bullicio que armó Hampton con su alborotador pasacalle por los pasillos de la pista. Se creó un revuelo de primer orden que no cesó del todo hasta que se acordó, por mutuo acuerdo, dar por terminado el concierto. Y es que ocurrió lo que siempre ocurre en estos ca-

sos; el público quería más ritmo. Se complació a los exigentes y la orquesta les obsequió con un «cocktail» rebosante de «swing» compuesto por *Perdido*, *Hey Bop Re Bop* y otras combinaciones ya conocidas. Otro de los momentos cumbres: Hampton y Curley Hammer en el número *Drum Boogie*, siendo como era de esperar muy ovacionados.

No todo se desarrolló de igual forma. Hubo momentos de verdadera inspiración, como por ejemplo, los «solos» al vibráfono de Lionel Hampton, rebosantes de ingenio y del más perfecto criterio musical. Los temas lentos los trata con cuidado y los rápidos con una vigorosidad de indiscutibles méritos.

También Hampton y «Tete» Montoliu, repitieron en esta ocasión, el conocido tema *Tenderly*. Hampton ofrece al gran pianista amplio espacio para su lucimiento particular. Los primeros compases de esta melodía son sencillamente inolvidables. Montoliu está muy seguro de su escuela y dibuja con los dedos los rápidos pensamientos que su imaginación crea al instante. En el momento oportuno, Hampton y la sección de ritmo, complementaron muy eficazmente la bella composición.

Sin desmerecer en méritos a los restantes solistas que forman el «Hamp», la sección de ritmo actual del conjunto, forma parte muy destacada en todos los sentidos. «Billy» Mackel, el genial guitarrista muy compenetrado con Hampton cuando éste efectúa los arabescos «solos» al vibráfono, y desde luego, es insustituible creando ritmo. Peter Badié, que nos ofreció unos buenos «solos» con su bajo eléctrico. El «drummer» Albert «June» Gardner, que no dejó respirar un solo momento a su batería. Es muy eficaz y puede que también sea demasiado insistente. El pianista Oscar Dennard, bien en el acompañamiento. Por defecto de micrófono no pudimos escucharlo con claridad cuando se dispuso a efectuar unos «solos» con ritmo de «boogie». Curley Hammer, brillante en la batería y un perfecto bailarín lleno de «swing».

Robert Mosley y Lora Pierre, los

Pasa a la página 6